

Odón Alonso

ÁLVARO
MARÍAS

Celebra Odón Alonso este año su setenta aniversario. Y con él lo celebra la música española toda de una manera natural, alegre y desinteresada. Entre los muchos homenajes de que el director leonés ha sido objeto este año hay que destacar el rendido por la Universidad Complutense en el marco de los Cursos de Verano del Escorial y el reciente del Teatro de La Zarzuela, al que se sumaron una larga lista de instituciones. La verdad es que ya era hora, porque nuestro ambiente ha tendido durante muchos decenios a ser cicatero con una de sus más valiosas personalidades dentro del mundo de la interpretación musical. Parece como si de una santa vez el ambiente musical español se hubiera decidido a reconocer públicamente, a proclamar en voz alta, una cosa que por otro lado sabían de sobra todos los músicos españoles: que es Odón Alonso un músico de los pies a la cabeza y un maestro verdaderamente digno de ostentar este título.

Es Odón Alonso una figura singular, máxime en los tiempos que corren. Es uno de esos cada vez más escasos músicos enamorados de su arte, movidos por el entusiasmo —entusiasmo que es siempre generoso y desinteresado—, a los que aburren sobremanera las

MÚSICA

enojosas servidumbres que suponen el tener que dedicarse a "hacer carrera". Afortunadamente, y a pesar de ello, la del maestro Alonso ha sido intensa, extensa y brillante, y lo es más que nunca ahora, desde la madurez de sus insultantemente juveniles setenta años.

Posee el defecto Odón Alonso de hacer muy bien muchas cosas, en una actitud que rehuye abiertamente la especialización. Así, es muy fácil — y ha sido irritantemente frecuente— el elogiar alguna de sus facetas, dándose entender, de manera implícita, que *esa* y no otra, era su única capacidad. Así, ha sido frecuente regatear su verdadera valía mediante la españolísima técnica que cabría denominar "el elogio excluyente": juicios como "Odón Alonso dirige como nadie la zarzuela", o "tiene una gracia inigualable para la música española", o "todos los compositores españoles desean que sus obras sean estrenadas por él", o "posee gran originalidad para programar", o "lo suyo es el repertorio infrecuente", o bien "posee mucho espíritu e inspiración", etc. ¿Por qué no reconocer de una vez simple y llanamente, que reúne a la vez todas esas virtudes, aparte de unas cuantas más? O, de manera aún más sencilla, que estamos ante un director de orquesta de primera magnitud, al que el público español —entre otros, naturalmente— debe unas cuantas de sus más inolvidables experiencias musicales?

**«Celebra Odón Alonso
este año su setenta
aniversario. Y con él lo
celebra la música
española toda de una
manera natural, alegre y
desinteresada.»**

Como Odón Alonso no se ha hecho jamás el autobombo, como se ha negado a organizar y cultivar en su entorno camarillas — por el contrario, ha recibido injustificadamente el encono de otras—, como es hombre sencillo, generoso y cordial, como carece de arrogancia y desdeña las actitudes pedantesco autoritarias —tan a menudo asociadas con los directores de orquesta—, como es lo más alejado a un divo que se pueda imaginar, con excesiva frecuencia se ha olvidado que, además de un excelente músico —y acaso en buena medida por ello— es un artista extremadamente culto y sutil; uno de esos pocos músicos que hilan muy fino en el arte de los sonidos; un músico capaz de relacionar admirablemente unas artes con otras —es, por ejemplo, un excelente lector de poesía, y un notable conocedor de la literatura y las artes plásticas—; una persona con ideas propias sobre la música, sobre la que es capaz de hablar con una hondura y una riqueza de matices muy poco común en nuestro ambiente.

Posee el maestro Alonso una particular sensibilidad hacia el estilo. ¿Son muchas personas conscientes de que sus versiones de una música tan sutil y compleja como la de Messiaen entusiasmaron a su propio y exigente autor? ¿Sabe mucha gente que el "estilo vienes" de Odón Alonso — de Mozart a Ricardo Strauss—, es de una finura que apenas existe hoy en el mundo y que—aquí, perdido en España y fuera de los grandes cauces comerciales de la música— recuerda como muy pocos al de

los "viejos maestros"? ¿Se le ha agradecido suficientemente su

«¿Se le ha agradecido suficientemente su audacia y deportividad a la hora de traer a nuestro clima musical aires nuevos y renovar un repertorio ridículamente anquilosado en la tradición más estrecha?»



audacia y deportividad a la hora de traer a nuestro clima musical aires nuevos y renovar un repertorio ridículamente anquilosado en la tradición más estrecha? Alonso nos ha dado a conocer infinidad de obras de nuestro siglo, desde Stravinsky, Shostakovich o Prokofiev a Orff, Menotti, Messiaen o Penderecki (una lista completa de sus estrenos ocuparía varios folios). Pero que al mismo tiempo ha cultivado con entusiasmo y fina intuición el repertorio antiguo, cuando aún no había hecho acto de presencia a través del disco y de los conjuntos especializados. ¿Cuántas obras olvidadas, desde Perotinus a Bach, desde Machault a Haendel, desde Monteverdi a Carissimi, no han vuelto a ver la luz en nuestro país gracias a su vitalidad e insaciable curiosidad musical? Y todo ello en una época en que estas incursiones en las músicas pretéritas podían provocar tantas iras como las *Microformas* de Cristóbal Halffter.

Se podría deducir que esta capacidad proteica para cultivar músicas inhabituales —a las que habría que añadir sus encantadores devaneos por la música para niños, de la mano de Leopoldo Mozart, de Menotti o de Britten— hubiera podido haber hecho descuidar a Odón Alonso el cultivo del gran repertorio. En modo alguno: de Mozart y Haydn a Mahler, Strauss o Stravinsky, rara será la obra de importancia que Odón Alonso no haya dirigido y en la que no haya dejado dicha su propia palabra. Porque uno de los rasgos característicos de su arte es su falta

de mimetismo, su preocupación por hacer *su* música, en lugar de repetir la de los demás. Justamente por eso sus versiones son suyas y solamente suyas, rabiosamente personales y vivas; por eso es un director dispuesto a correr riesgos, dispuesto a no escamotear ensayos pero al mismo tiempo a dejar su justo margen a la improvisación del momento, decidido ante todo a convertir el concierto en un acto único e irrepetible. Si Odón Alonso dirige el mismo programa dos días consecutivos, el oyente podrá estar seguro de asistir cada día a un hecho artístico diferente; a veces sumamente diferente.

Todo esto no es precisamente lo que más cotiza nuestra época, en la que la infalibilidad se ha convertido en una perniciosa obsesión de los músicos y melómanos; en la que la estandarización de las versiones — difundidas y homologas por la música grabada— es tal que el oyente recibe con irritación a un director al que no le da la gana de respetar los *tempi* o las maneras de los demás.

Así, Odón Alonso, a pesar de sus enormes capacidades técnicas, a pesar de su saber estar al día en el repertorio de última hora, a pesar de su asombrosa versatilidad, tiene algo de músico de otra época, tiene algo

MÚSICA

«Porque uno de los rasgos característicos de su arte es su falta de mimetismo, su preocupación por hacer *su* música, en lugar de repetir la de los demás.»

—o más que algo— de las viejas, señoriales y recias maneras de los "viejos maestros" que tan íntimamente conoció en sus años juveniles de Viena, de Siena y también de Madrid. Su manera de hacer música tiene la misma nobleza, la misma holgura, la misma fruición, la misma capacidad para "disfrutar del instante", la misma capacidad de despertar la tantas veces aletargada vocación de los músicos. Quizá por eso Odón Alonso ha desdeñado ofertas sumamente tentadoras y ha preferido la labor continuada con una misma orquesta, con un mismo público. Quizá por eso —y también por ser hijo de uno de los más fascinantes maestros de la música que he conocido— ha cultivado una actitud en cierto modo didáctica, se ha complacido —en Madrid, en Puerto Rico, ahora en Málaga, en Soria— en llevar a cabo una labor que deje huella, que deje un sedimento, que enriquezca la vida y la sensibilidad musical de sus destinatarios.

Por todo ello, y con la alegría de que se haya producido — ¡por fin!— el reconocimiento unánime y entusiasta no cabe más que exclamar un "¡que sea por muchos años!" y felicitar de todo corazón a este "viejo maestro" de ímpetu y vitalidad tan arrolladoramente jóvenes.